

Las cinco piedras doradas

Historia extraída del libro: "En esta piedra está mi corazón..." Escrito por Noldi Christen e ilustrado por Christine Lesueur.



Una bonita mañana de primavera, una simpática y enérgica abuela, subía sin aliento por la colina que lleva a nuestra casa. En su capazo llevaba un tesoro: cinco pequeñas piedras redondas y doradas.

Cuando llegó a la cocina, echó, muy suavemente las cinco piedras sobre la gran mesa, se sentó y se puso a contar:

“Yo traigo estas cinco piedras de parte de mis nietos: Valeria, Rachel, Marco, Michelle y Roxana. La idea de pintarlas de oro, fue Valeria quien la tuvo.”



A veces en la vida, si sabemos mirar, piedras grises se convierten en pepitas de oro, y sapos verdes se transforman en príncipe o en princesa.

Cuando Valeria vino al mundo todos tuvimos mucho miedo por ella. Su nacimiento había sido muy difícil. ¿Iba a vivir? Nada era seguro. Felizmente en algunos días todo se arregló...

No, no todo... sus ojos quedaron prácticamente ciegos. Desde sus primeras respiraciones, yo me sentía muy cercana a Valeria. Quería que tuviera una vida bella porque yo sé lo que significa luchar desde la más tierna infancia. Yo nací en una familia muy, muy pobre ¿sabe?

Los médicos no podían hacer nada más que prescribirle gafas. Así que desde muy pequeña Valeria llevaba sobre su nariz cristales enormes, como fondos de vaso. Cuanto más crecía, más desgraciada era.

Cuando fue al colegio, todavía fue peor. Todo el mundo se reía de ella. Sus compañeros decían que parecía una serpiente con gafas, una rana. Un día, algunos escribieron en grande con tiza en la pared del colegio: “Valeria = ojo de sapo.”



Valeria llegó llorando a casa. Su padre la cogió en sus brazos y trató de consolarla, sin éxito. Chillaba de rabia y de pena. ¡Rompió las gafas en mil pedazos lanzándolas volando por la habitación!

Su padre, emocionado por esa tristeza inmensa cogió un cubo de agua y un cepillo y se fue al colegio. Allí frotó y frotó la pared hasta que no quedó ninguna huella de las palabras que tanto habían herido a Valeria. ¡La pared no había estado nunca tan limpia!

Pero en clase, nada había cambiado. Valeria había vuelto, sin sus gafas desgraciadas. Pero como no veía nada, atropellaba constantemente a los que se cruzaban con ella e, incluso, a veces les pisaba. No podía leer lo que estaba escrito en la pizarra, y cuando miraba a sus libros, todo se hacía borroso y carecía de sentido.

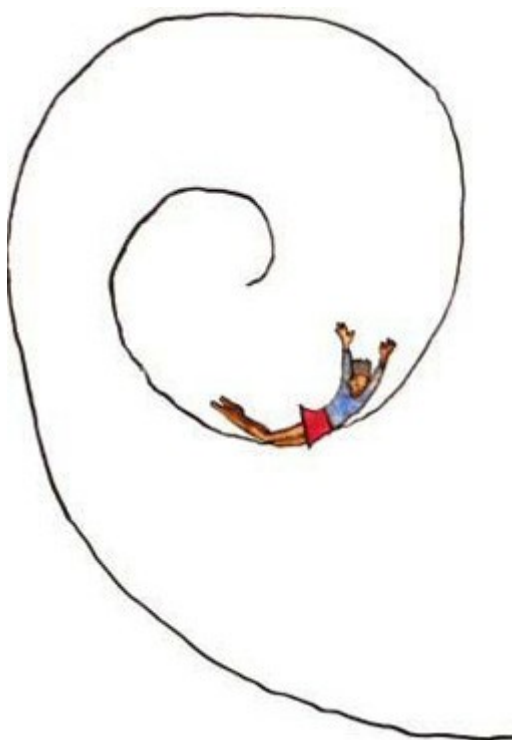


Los otros niños pensaban que ella, a propósito, era tan torpe y le decían que era tonta. ¡Tonta como una vaca, un carnero o una gallina! Cuanto más la trataban sus compañeros de este modo, más sufría Valeria y más bajaban sus notas...

Sin embargo, estaban también Britt e Iván que trataban de defenderla pero, solos, delante de los otros no se atrevían. Algunas mañanas, al despertarse, Valeria tenía dolor de estómago. Al día siguiente, era la cabeza lo que le dolía... todos los trucos eran buenos para no volver al colegio, incluso acurrucarse bajo la cama para que le dejaran en paz.

Cuando yo supe todo eso, mi corazón de abuela se conmovió. Era demasiado injusto. Entonces me llené de coraje y llamé a la puerta de la maestra, después al director del colegio, y fui incluso a ver a los médicos. A todos les dije lo mismo: ¡Usted debe ayudarnos! Debe ayudar a Valeria a reencontrar la alegría de vivir, la alegría de aprender. ¡Está sufriendo desde hace demasiado tiempo!

Los médicos llegaron a la conclusión de que hacía falta un nuevo par de gafas, más bonitas, con cristales especiales, por supuesto, pero menos gruesos. Esto costaría bastante caro, pero se las arreglarían... ¿Era suficiente? ¿De qué puede servir el más bonito par de gafas si detrás hay dos ojos que tienen miedo?



La abuela se paró un instante para beber su té, y yo me acordaba de todos esos niños que como Valeria, tenían miedo de afrontar la mirada burlona de los otros. Miradas como flechas envenenadas que apuntan al corazón...

Sí, por temor, los ojos de Valeria estaban como escondidos en la oscuridad. Se habían hundido un poco más en su cavidad, se habían crispado, habían perdido ya algunos grados de luz.

No tenían ya el coraje de ver, por poco que fuera, el mundo cara a cara. La abuela continuó:

“Yo creo que su maestra comprendió ¡qué era necesario algo más que un bonito par de gafas para que Valeria recobrar su sonrisa!



Así que una tarde en su clase, reunió a todos sus alumnos y a sus padres y les contó la historia de Valeria desde el día de su nacimiento hasta el momento en el que ella se escondía bajo su cama para escapar del colegio. Contó todo, simplemente, sin siguiera insistir en el episodio de: “Valeria = ojo de rana” ¡Los pintarrajeadores ya no estaban tan orgullosos!, y, en silencio se fue todo el mundo a su casa.

Después, día tras día, las cosas cambiaron... Britt e Iván, los primeros, se acercaron a Valeria. Aprendieron a conocerse mejor, a comprenderse, a reír juntos...

Así poco a poco, la amistad recobró su lugar entre los niños y Valeria y su bella sonrisa y su alegría de vivir. Sus notas mejoraron cada vez más. ¡Se acabaron los ceros! Pero lo más extraordinario de todo eso es que después, ¡ella veía más claro! ¡A sus ojos había vuelto la luz!



Ésta es la historia de mi nieta, Valeria, que hoy por fin tiene amigos.

Yo he querida contárosla, para que comprendierais un poco mejor el mensaje que acompaña a estas cinco piedras doradas que os he traído hoy.”



La abuela me dio entonces una hoja de papel en la que estaba escrito:

“Quisiera que estas piedras doradas fueran para una corona de príncipe. En un cuento he leído que un sapo se había transformado en príncipe sólo porque alguien lo había amado.” Valeria

